



GONZALO CARNEVALINI

La cofradía del alma

GONZALO CARNEVALINI

La cofradía del alma



EL GUARDIÁN LITERARIO

El profesor Leonardo Vilavó jamás hubiera podido imaginar que el cuerpo de la mujer tendido sobre la costa de la playa era el último indicio que despojaría a su espíritu de la vacilación. Al menos, un poco. Hubiera querido no verla. Lamentó encender el televisor en ese momento. Lamentó seguir las huellas que esa extraña mujer trazaba para él y lamentó la serie de acontecimientos que, inevitablemente, desencadenaría todo aquello...

*

—Cada libro posee en su interior una parte del alma de su autor. Al abrir un libro nuevo por primera vez podemos notar un aroma muy particular. Así es como huelen las almas —comenzaba su clase el profesor—. ¡No se rían! Bueno les concedo que parece un poco alocado pero síganme un poco más. Tomen esto provisoriamente ¡Son estudiantes de literatura! Un poco de imaginación...

—Les decía —continuó—, que un libro nuevo tiene un aroma muy particular. Sin embargo, vemos que

poco a poco ese aroma tan particular se va perdiendo e, incluso, su cuerpo se va deteriorando. Con el paso del tiempo sus hojas se tornan amarillas y eso es lógico, recuerden que el autor envejece y allí reside una parte de él. Pero el mayor desgaste es propiciado por una especie de lectores muy particulares que, al repasar sus hojas toman una pequeña parte del alma del autor y, a cambio, entregan un pedacito de la suya. En ese trueque el libro se desgasta mucho más aún, pero reverdece el alma del autor. Esta cuestión, sin embargo, entraña un peligro muy considerable y es lo que hace que muchos autores jamás se atrevan a publicar sus obras ¿por qué? Porque él está entregando su alma. Si ningún lector genera un intercambio álmico ¿qué creen que le pasa al autor?

—Disculpe, profesor. Quisiera hacer una pregunta por fuera de eso último...

—Con todo gusto.

—Usted nos dice que el aroma del libro nuevo es en verdad el aroma de las almas, pero que con el paso del tiempo ese aroma se pierde, pues ciertos lectores toman una parte de ella para sí, dando a cambio una parte del alma propia. No entiendo entonces por qué pierden el aroma.

—Muy buena pregunta. El caso es que el alma del lector no pervive en el libro, sino que va en busca del autor y con él permanece hasta el fin de sus días. Solo queda en el libro una pequeña marca que simboliza el breve estadio de esa alma. Un estadio fugaz, pero que, sin embargo, deja su huella para siempre y eso pertenece al lector.

—Gracias.

—Ahora bien ¿de dónde saqué esta teoría que tanta gracia les hace?... ¿Nadie? Repasen un poco, recuerden las últimas clases... autores que vimos... ¿Nada? Bueno, verán: me la acabo de inventar para ustedes...

El curso reía a coro ante el profesor Vilavó. Era de esos profesores que se dan el lujo de jugar. Pero siempre con un propósito. Era un ajedrecista que pensaba sus movimientos con antelación y siempre estaba dos o tres pasos adelante en esos juegos.

—Calma, chicos. Atiendan bien a lo que quiero decirles —el profesor adoptó una postura comprometida con su audiencia.

Lo que yo quiero que ustedes se lleven el día de hoy en esta clase, es la conciencia de la responsabilidad de la lectura. Hay algo de cierto en lo que les dije y es esto: hay autores que dan su alma y hay también lectores que dan la suya. Yo quiero que ustedes sean esa clase de lectores y, en algún tiempo, ¿por qué no también esa clase de autores?

Bien, quiero que para la próxima clase cada uno de ustedes escriba un ensayo de doce páginas sobre esta cuestión. Quiero que reflexionen, que piensen y desarrollen qué es para ustedes dar el alma. Se lo envían a Juan. Buena semana.

—Quisiera saber, Juan, quien era la alumna que hizo la pregunta, es la primera vez que la veo en este curso. De hecho, es la primera vez que la veo en esta Facultad.

—No estoy seguro, profesor.

—Trata de averiguarlo. Recordá corregir los trabajos y enviarme las notas.

—Claro, profesor. Hasta mañana.

*

La mujer recorría lentamente todos los pasillos de la inmensa biblioteca pública. Cada día. Nadie sabía su nombre, pues nunca se registró para tomar prestado algún libro. Solo entraba y repasaba con su vista volumen por volumen. Luego se la veía tomar uno y sentada en los escritorios pasaba sus páginas con mucho cariño. Al tiempo lo dejaba en su estante, y se iba.

—Profesor, hay algo que quisiera comentarle. Los alumnos inscriptos en el curso son 72. Sin embargo, he recibido 73 correos. Conjeturo que la mujer que intervino en su clase, no es una alumna regular. Con todo, hay algo más curioso aún. El correo que, asumo ha de ser de ella, fue enviado sin nombre desde una casilla de correo electrónico bastante particular: *lamarcadelalma*.

—Bueno, es por demás curioso, Juan, y ¿léiste su trabajo?

—Sí... bueno, en verdad... no era lo que podemos llamar “un trabajo”, era una especie de mensaje encriptado para usted.

—¿Qué decía?

—Son números, profesor, véalo usted mismo:

975-54-672-6046-0

*

El profesor Vilavó pasó horas en su estudio tratando, vanamente, de dilucidar el mensaje misterioso. Hubiera querido tener en su biblioteca algún manual de criptografía, pero, fiel a sus artes, su biblioteca atestada de obras literarias, con sus poetas del siglo de oro español, entre otros tantos, no sería de mucha ayuda en su cometido. Sin embargo, decidió intentarlo y pasearse entre sus seiscientos cuarenta y dos volúmenes, al menos —se dijo— para despejar la mente.

Al poco tiempo desistió de su empresa y tomó una vieja edición de “El peregrino en su patria”. Siempre le había gustado la prosa y los versos del poeta. No podía comprender por qué a sus alumnos les resultaba tan tediosa su lectura cuando, para él, era alimento del espíritu.

Llevó el libro a su estudio y comenzó a hojearlo. Se detuvo primero en su ficha técnica. Creía el profesor que los datos de imprenta de un libro no debían pasarse por alto jamás. Tenía para sí que, esa información eran sus datos de nacimiento. No era información de la que podía prescindir el lector comprometido. Él solía llamar a esto en sus clases como “el certificado de nacimiento”

del libro. Sus alumnos reían e intercambiaban miradas cómplices entre sí antes las ocurrencias del profesor.

La fecha de impresión justificaba el color de sus páginas y esa editorial quien sabe si existiría aún.

De un momento a otro se quedó pasmado. Apretó con un golpe su dedo índice contra el papel y llevó el libro a su rostro para comprobar su hallazgo. ¡Lo tengo! —gritó.

*

—Hemos revisado sus trabajos. En líneas generales todos han captado muy bien la consigna. Por otro lado, hemos recibido un correo innominado, con un pseudónimo bastante particular ¿Alguno de ustedes sabe a qué me refiero? Silencio total ¿no? Bien, Juan les va a leer las notas. Si alguien me necesita voy a estar una hora en la sala de profesores para cualquier consulta o duda que quieran realizarme. Hasta pronto.

El profesor Vilavó encendió la computadora de la sala de profesores y accedió al portal de la biblioteca pública. Ingresó al buscador y filtró: búsqueda por ISBN. Tipeó: 975-54-672-6046-0. Un resultado. Tomó su abrigo y salió en camino a la biblioteca pública.

—Buenas tardes, quisiera consultar por un ejemplar. Revisé en la página y apareció disponible.

—Dígame... —el bibliotecario contestaba sin apartar los ojos del ordenador.

—El libro es “El deseo del mar”. Figura autor anónimo, eso llamó bastante mi atención.

—Ah, pero no debería, de hecho, hay centenares de novelas, poemas y cuentos de autores anónimos... Las mil y una noches por ejemplo...

—Lo sé. Es que justamente esas obras anónimas pertenecen a una época particular, siglos atrás y este libro, según los datos que provee su portal, es bastante actual. Observé que ustedes cuentan con la primera edición impresa y es del año 2012.

—Efectivamente. Tenemos varias ediciones de “El deseo del mar” entre ellas, la primera tirada del libro. Se comenta que lo escribió una mujer, pero nadie sabe los motivos que la llevaron a ocultarse en el anonimato.

—Quisiera verlo, por favor. La primera edición. Aquí tiene el número preciso de identificación.

—Un momento por favor ¿es usted socio?

—Efectivamente.

—Aquí lo tiene, puede usted conservarlo durante siete días, cumplido el plazo puede renovarlo por otros siete más...

—Comprendo. Lo llevo.

*

—Juan, tengo algo. El mensaje que recibimos era la referencia a un libro. “El deseo del mar”, tengo el ejemplar en mi casa, esta noche lo voy a leer. Lo cierto es que esta cuestión es muy extraña...

—Bueno, profesor. Le alegrará saber que tenemos otro mensaje en la bandeja de correos. Otra vez *lamar-cadelalma*.

—¿Qué dice?

—“47-2. *Por favor, profesor*”

—Más enigma. Pero creo saber a qué se refiere. Ni bien lo confirme, te llamo.

El profesor tomó el ejemplar en la página 47 y fue al segundo párrafo. Rezaba:

¿Qué hace al mar tempestuoso? Los sabios tienen dicho que el mar se alimenta de deseos y pasiones. Son esos deseos y pasiones que nunca llegan a puerto. Esos que nunca jamás llegan a su destinatario. Por cualquier razón, el mar los absorbe y ellos arremolinan en sus aguas, chocando entre sí, golpeándose unos con otros. Estos deseos y pasiones le dan su bravura. Si el ser humano fuera capaz de cumplir sus deseos y encauzar sus pasiones, el mal sería calmo y templado como las aguas de un pantano.

El profesor repasó el párrafo tantas veces que, sin pretenderlo, ya lo había grabado en su memoria.

Ya a punto de cerrar el libro para reflexionar en sus palabras observó al lado del párrafo una extraña marca. Parecía ser una marca propia del desgaste sufrido en sus lecturas. Sin embargo, no pudo dejar de observar.

Era algo así como una especie de círculo diminuto, deforme y cubierto por una aureola amarillenta como

de humedad. Lo curioso es que el libro no parecía haber sufrido la humedad. Estaba bien conservado. Sin embargo, ahí estaba la marca.

Esa misma noche leyó el libro completo, de principio a fin. Tenía algo que hacía que no pudiera dejarlo, era casi hipnótico para él. Al finalizar lo apoyó sobre su mesa de estudio y se quedó en absoluto silencio. Esa noche no durmió.

*

—Buenos días ¿me recuerda? “El deseo del mar”. Ayer retiré el ejemplar... —dirigió el profesor.

—Claro que sí ¿qué tal se lleva con él?

—Magnífico. Quisiera hacerle una pregunta ¿podría consultar en la ficha quien ha retirado este libro antes que yo? —El profesor miraba hacia los costados como si su pedido fuera, en algún punto, reprochable.

—¿Se puede saber para qué?

—Es simple curiosidad... —aventuró.

—Pues, su curiosidad se hará un poco más grande al saber que en la ficha del libro solo figura usted. Nadie ha retirado este libro antes, pero, sin embargo, puedo asegurar que aquí, al menos hasta que usted lo retiró ayer, ha sido leído días tras día. Siempre la misma mujer. Dígame usted que parece un lector avezado ¿cuánto tiempo se necesita para concluir una obra? Esta mujer parece no acabar nunca. Con mis compañeros hemos pensado que ha de tener algún tipo de problema, pues su actuar no es muy común que digamos...

—¿Una mujer? ¿Sabe usted su nombre?

—No, nunca se registró. Solo viene a leer y se va. Así cada día.

—¿En qué momento del día viene? Sería importante para mí encontrarla. Si usted puede precisar un poco más sus hábitos tal vez pueda coincidir con ella ¿haría eso por mí?

—No creo que haga falta porque allí está.

El bibliotecario señaló hacia el sector sur de la inmensa biblioteca y allí estaba. Una mujer recorriendo los anaqueles. Distraída y calma. Parecía no enterarse del resto del mundo.

—Es ella. Es la alumna que intervino en mi clase.

—¿Cómo dice?, ¿la conoce?

—No aún, pero espero hacerlo.

El profesor fue hacia ella y posó su mano sobre el hombro de la mujer generando un breve espasmo en su cuerpo, que culminó al momento en que giró su cuello y vio el rostro del profesor Vilavó.

—Es usted. Usted estuvo en mi clase la semana pasada. Usted me hizo una pregunta sobre el alma de los libros. Luego mandó un correo encriptado que me hizo llegar a un ejemplar de “El deseo del mar” y, aquí estamos ahora. Le ruego una explicación, por favor.

—Así es profesor, está usted en lo cierto.

—Dígame su nombre y porque está jugando conmigo.

—Sepa profesor que bajo estas circunstancias mi nombre es lo que menos importa. Y, por otro lado, nadie

está jugando con usted. Yo solo necesitaba que alguien como usted lea ese libro.

—¿Y por qué tanto misterio? ¿Por qué no solo se acercó a mí y me pidió que lo lea? ¿Usted escribió ese libro?

—No, profesor. Ese libro lo escribió mi madre.

—¿Quién es su madre? ¿Por qué se oculta en el anonimato?

—Insisto profesor en que esas preguntas no son las importantes. Por otro lado, usted me pregunta por el misterio y la forma escogida. A eso puedo responder sin problemas, aunque es en vano, pues usted mismo lo sabe. De hecho, es usted quien lo dijo en su clase.

—¿Qué es lo que yo dije?

—Usted habló sobre cierto tipo de lectores que obran con un modo de lectura muy peculiar generando intercambios álmicos reflejos en el libro. Mi madre cree lo mismo, solo que, además, ella cree necesario el encauzamiento del deseo y la pasión. Si leyó el pasaje que le indiqué sabrá que, si esos deseos y pasiones no impactan en el libro, no se genera el intercambio álmico y se van al mar. Para que su alma atravesara el libro, yo necesitaba antes generar en usted un deseo ferviente que lo dirija. No podía correr riesgos, profesor. No es que dude de usted, de ser así no lo habría escogido, solo que no hay tiempo que perder y no podía correr riesgos. Mi madre está muriendo.

—¿Por qué yo? ¿Usted me conocía antes de ir a mi clase?

—Su fama lo precede, profesor. He leído su libro de poemas. En él usted revela a todas luces que clase de lector es.

—¿Usted leyó mi libro? Eso es más raro aún. Creí que nadie lo leería jamás. Además ¿solo eso?, ¿solo por leer mi libro? —se extrañó el profesor.

—No sea modesto, profesor. Mi madre y yo lo hemos leído. Mi madre es como usted y... mi madre lo conoce.

—En verdad me cuesta mucho creer todo esto, si he de serle sincero. Y, a decir verdad, sigo sin entender qué papel tengo yo en todo esto ¿quién es su madre?

—Yo creo que si lo entiende profesor ¿tiene aquí el libro? Muéstremelo por favor.

El profesor abrió su morral y entregó el libro a la misteriosa mujer.

—Mire, página 47. Esta marca es mía, profesor. Mire a su lado.

El profesor se quedó pasmado al ver al lado de la extraña marca que había observado, una marca de igual tamaño, pero de diferente figura. Esta más que un círculo era algo así como una suerte de virgulilla, recubierta por una aureola similar.

—Esta marca es de mi alma, profesor, y a su lado está la suya. Lo ha hecho muy bien.

Cada día vengo y repaso las hojas de este ejemplar, esperando ver alguna nueva marca y jamás sucede. Mi madre se muere y necesita cuanto antes de estos intercambios, profesor. Su alma está muy cansada ya. Sin lectores de su tipo pierde su pasión y, usted ya bien sabe qué pasa con las pasiones que no llegan a puerto.

—Se las lleva el mar...

—Exacto.

—Esto no puede ser cierto ¿cómo espera que crea esto? ¿Se supone que debo creer que yo ayudé a su madre?

—Lo hizo, profesor. Lo que le pido ahora es que regrese el libro. Tengo esperanza de que alguien como usted lo tome y ayude a mi madre.

—Comprendo. Dejo el libro ¿la volveré a ver?

—Eso espero, profesor.



—¿Cuánto hace que el profesor devolvió el libro?

—Dos días.

—¿Qué te dijo al respecto?

—Parecía escéptico, mamá.

—Así es el profesor, de alma fulgurante en su interior, disimulada hacia fuera con un manto opaco de escepticismo.

—¿Cómo sabes tanto sobre él?

—Una vez habló sobre una extraña tribu del norte de Canadá que creía que las palabras que se pronunciaban iban tejiendo camino en el aire y permanecían suspendidas sobre el interlocutor hasta que este estaba presto a recibirlas. Sólo así alguien podía comprender lo que le quisieron decir. Sin el alma dispuesta, esas palabras permanecían sobre el receptor. Una vez que su alma estaba lista, las palabras caían sobre su cuerpo, penetrando su carne hasta hacerse eco en su espíritu. Así y solo así había entendimiento. Todas nos quedamos boquiabiertas ante su elocuencia y la fineza de su espíritu.

Luego adoptó una postura más relajada y bromeó al respecto invitándonos a imaginar lo que pasaría si leemos el Quijote y no entendemos una palabra...

—¡No quiero estar allí cuando semejante bodoque las aplaste! —bromeaba y reía mostrando nuevamente su escepticismo—. Créeme, conocer a una persona no es cuestión de tiempo. ¡Tiempo!, ya no me queda tiempo, hija. Este es el final...

*

—La mujer aparecida esta mañana en la costa de la playa aún no ha podido ser identificada. La policía local se encuentra trabajando en el caso, pero, hasta el día de hoy, no han podido hallar rastro alguno que determine la identidad de la mujer. “Las pruebas realizadas hasta ahora no han servido para identificar el cuerpo de la mujer hallada en la costa. No hay ningún registro de ella en todas las bases de datos consultadas. Es como si hubiera salido del mismísimo mar.” —aventuró el jefe de policía.

El profesor subió el volumen del televisor y se acercó a la pantalla. Algo había en el rostro de esa mujer que le resultaba familiar. Tomó su teléfono y fotografió la escena.

Al tiempo que el espacio publicitario irrumpió desgranando su atención, apagó el televisor y se rindió en su sillón.

Vilavó sabía que conocía a aquella mujer. Pero ¿de dónde?, ¿quién era?

La apacible vida del profesor, con quietud de libros, con la seguridad de la rutina que construyó y cobijó tanto tiempo, comenzaba a agrietarse poco a poco y, eso, para él, comenzaba a ser un problema. Sentía que debía ir paso a paso para ordenar sus ideas. Se movió a su escritorio y concentró su energía en aquella fotografía de la mujer en el mar.

La mujer aparentaba unos sesenta años. Su cabello era de un rojo espléndido, al que las aguas del mar parecían haber peinado con caricias y decorado con conchilla para el último adiós.

—Aun así —pensó el profesor— con tu suerte parece que será un largo adiós si no averiguan pronto tu nombre y tu... —El pensamiento del profesor se detuvo para dar paso a un recuerdo que irrumpió en su mente como un rayo. “El largo adiós”, Raymond Chandler —balbuceó.

Al igual que los viejos pescadores a la vera del río, desenmarañando su línea con mansedumbre y pericia, el profesor comenzó a desanudar su recuerdo.

Diez años atrás, había dictado un taller en una escuela de la ciudad, para jóvenes y adultos, de escasa convocatoria y pésima paga. El taller consistió en el estudio de ciertos autores de la novela negra estadounidense, entre ellos, Chandler. El libro elegido para el caso fue “el largo adiós”. Allí había estado la mujer.

¿Podría ser posible? ¿Era ella la escritora anónima?

Juan Achával era la nota a pie de página de un manual de cualquier ciencia. Necesario, pero solo valorado por los corazones más comprometidos. Siempre sombra. Siempre moho.

Sin lugar a dudas el encuentro con el profesor Vilavó fue la consolidación ambivalente de dos espíritus necesarios. El profesor solía llamarlo “mi escudero”.

—Juan vos sos un ratoncito de biblioteca, tenés que dejar de roer las estanterías y vivir la literatura hacia afuera —lo increpaba siempre el profesor—. Sin dejarlo responder se apuraba nuevamente Vilavó: ¿Qué vas a hacer cuando implosione la poesía adentro tuyo y no haya un cauce natural que la conduzca hacia afuera?

Juan se sonrojaba y agachaba su cabeza riendo tímidamente. Amaba las ocurrencias del profesor. Lo comprendía y hacía su mejor esfuerzo por seguir las enseñanzas de ese ser alumbrado.

Como ayudante de cátedra su trabajo era fundamental para el profesor. Sin Juan, no sabría ni el cronograma de horarios en que debía presentarse —agradecía siempre Vilavó.

En ocasiones, Juan desdeñaba su carácter analítico. Se juzgaba a sí mismo por no ser más apasionado. Sucumbía en la creencia de que un poeta no puede nunca ser analítico. La razón no escribe poesía. La escribe el espíritu.

Pese a las refutaciones del profesor, Juan se obstinaba en su flagelo.

Había sido el mejor alumno de la cátedra. Mérito que el profesor premió con un lugar a su lado. Al principio, Juan parecía un acólito ceremonioso de lo sagrado, más que un

par académico. Con el tiempo, a fuerza del profesor, logró quitarse el alba y arrojar la patena para dar aquello para lo que había sido convocado. Y lo hizo muy bien.

—Juan, las clases con café... entre copas, guardamos a Cervantes en el cajón —bromeaba siempre el profesor.

Siempre encontraba Vilavó la forma de recordarle jocosamente a Juan la fiesta de fin de curso del semestre pasado. Juan había sido invitado por los alumnos a compartir sus festejos y, luego de algunas copas perdió su timidez. Se paró sobre una mesa y comenzó a recitar de memoria los versos que el Quijote dedicaba a Dulcinea.

Lo que descostillaba al profesor era que, no solo recitaba con un tono romancero y grave, sino que además pretendía acompañar sus palabras con el cuerpo y arrojaba deliberadamente sus manos interpretando su papel. Como era esperable, el video tardó un instante en viralizarse y toda la Facultad se hizo eco de su papel. Juan creyó que nunca más volvería a pisar una clase. Por suerte, el profesor encontró su ánimo, quitándole seriedad al hecho y aludiendo a lo efímero de las novedades virtuales.

—Mañana no lo recordará nadie, Juan —aseguraba Vilavó.

No fue así. Todos lo recordarían por siempre, pero al menos, Juan pudo superarlo y seguir con las clases.

*

Como cada domingo por la noche, el profesor tenía el hábito de pasárselo en su sillón viendo cine clásico.

Humphrey Bogart encendía un cigarrillo cuando sonó el teléfono.

—Disculpe la hora, profesor. Soy Juan.

—Juan ¡Qué gusto!, ¿me vas a recitar unos versos?

—Usted no pierde ocasión, ¿verdad? —se lamentaba Juan.

—Bromeo como siempre ¿pasó algo?

—Recibí un correo de nuestra estudiante misteriosa... —Juan adoptó un tono de solemnidad como en sus primeras épocas.

—En principio, Juan, ya no es tan misteriosa. Luego te pondré al tanto ¿Qué decía?

—Escribió que quiere verlo. Dijo esperarlo mañana en el bar de la esquina de la Facultad a las 9:00 a.m. Parece que no le ha dado muchas posibilidades de acuerdo, profesor.

—Está bien. Voy a ir. Necesito que mañana comiencen vos con la clase. Cuando termine con ella, nos encontramos en el curso.

El profesor colgó para darse cuenta de que su tan encomiado domingo de quietud y clásicos no iba a prosperar. Se dirigió a su estudio y revisó sus archivos para lograr ventaja en aquel encuentro. Recién entrada la medianoche recordó que en la época del taller que dictó en presencia de la misteriosa mujer, no contaba con su escudero, con lo cual, no encontraría jamás rastro alguno de aquellos días.

*

—Parece usted muy a gusto con el misterio ¡Mujer velada! —El profesor habló frente a ella y tomó asiento.

—Buenos días, profesor. Gracias por venir...

—Lamento lo de su madre —interrumpió el profesor, con la certeza fingida de que sus presunciones eran correctas, pretendiendo sagacidad—

—Gracias, veo que ya no soy tan velada entonces. Es usted bastante perspicaz...

—Su madre no me es un misterio, usted aún sí —reclamó Vilavó.

—Me llamo Ana. Créame, profesor, que no es mi intención jugar con usted ni hacerle perder su tiempo.

—Ana, explíqueme. Si yo ayudé a su madre ¿cómo sucedió lo que sucedió?

—No fue suficiente, profesor. El alma de mi madre estaba muy comprometida y, los esfuerzos de un solo espíritu, no pueden reverdecer por completo una entrega como la de ella.

—Ana, usted entenderá que he sido muy comprensivo con usted y su madre. Pero la teoría del intercambio álmico me la inventé en una clase para despabilar a mis alumnos, no es real. —El profesor comenzaba a perder su calma.

—¿De verdad puede ser tan engreído, profesor? —Ana desafió al profesor—. La diferencia entre inventar y descubrir es definitiva. Uno puede ser un genio inventor o un afortunado descubridor. Ahora bien, inventar, lo que sería

partir de la nada al ser de algo, podríamos decir que es imposible, porque lo que no es, no puede ser. Ahora bien, descubrir, quitar el velo —si me permite tomar sus palabras, profesor—, eso sí es posible, y créame que el factor suerte es determinante en esta instancia y no debería sorprenderle que muchas cosas en este mundo han sido descubiertas de casualidad.

—Mire, tengo decenas de argumentos para rebatir lo que usted acaba de decir. Si el punto es darme clases de filosofía debería instruirse un poco más...

—Ana lo interrumpió.

—No, profesor. Necesito que crea o al menos me escuche un poco más y después quedará en usted aceptar o no mis razones.

—De acuerdo. —Se rindió el profesor.

—Como usted sabe, mi madre lo conoció. Mi madre era un ser muy especial. Siempre le decía yo que este mundo no estaba hecho para ella.

Antes de morir me rogó su última voluntad y, créame, es para mí una roca inmensa atada en mi cuello que vengo arrastrando hace dos días desde su aparición en la costa, como usted... ya sabe...

En fin, mi madre me pidió no revelar su identidad. Me rogó como última voluntad, que no vaya a la policía, que no aporte ningún dato. Que deje desaparecer sus restos en el anonimato, al igual que en su vida de escritora.

—¿Eso por qué? —quiso saber el profesor, quien a cada instante que pasaba entendía menos lo que Ana razonaba.

—Mi madre, a diferencia de usted, creía en lo que descubría. Para ilustrarlo mejor, puedo poner el ejemplo de Dios. Verá, profesor, imagínese que a usted un día en la tranquilidad de su casa, de buenas a primeras, se le aparece el mismísimo Dios. Usted se quedaría pasmado y no sabría qué hacer. Habría dos grandes grupos de posibilidades que seguirían a su aparición. La primera es el escepticismo. Usted podría adjudicar el encuentro como una mala pasada de su mente y buscaría una explicación racional que desacredite el encuentro, pese a haberlo experimentado. Podría decir que está muy estresado y seguro encontrará algún médico que aporte un científicismo que lo deje tranquilo.

La segunda posibilidad es que usted, a partir del encuentro comience a creer. Tuvo la prueba cabal de su existencia, con lo cual, creer ya no es optativo para usted.

Digamos entonces, que mi madre eligió creer y, usted, ir con su médico.

—¿Y usted, Ana?

—No me trate de usted. Yo no descubrí nada, profesor. Pero digamos que soy de las que creen en un acto de fe, sin evidencia.

—¿Cuánto hacía, hasta nuestro encuentro, que su madre sabía sobre el intercambio álmico?, y algo más, ¿cómo es que usted... perdón, vos... sabías que ese día iba a elucubrar la teoría?

—Mi madre lo supo por usted. Usted lo explicó en su taller.

—No hay manera. Yo no pude haberlo dicho ¡me lo inventé en mi clase! —el profesor se exasperaba.

—Profesor, volvamos al ejemplo de Dios, solo que esta vez su presencia no se contempla físicamente, sino que solo se percibe. Aquí los grupos de posibilidades descansarían en dos, nuevamente. La primera sería hacer caso omiso a la presencia, aún sintiéndola. Usted haría el aseo de su casa, prepararía su cena, como si esa presencia no existiera. Un día no se da cuenta y ya tiene incorporada esa presencia a tal punto, que comienza a interactuar con ella de forma inconsciente. La segunda posibilidad es desentenderse de la falta física y abandonarse por completo a esa presencia.

—¿Es necesario que destaque que usted encaja en la primera?

—Asumiendo que lo que decís es cierto, solo para poner un fin a esto, ¿cómo explicás que hayas llegado a mi clase justo el día que yo iba a invocar la teoría? —jaqueó el profesor a Ana.

—Eso es lo más simple profesor. Por el mismo motivo de su olvido inconsciente de haber contado esto a mi madre. Yo estuve allí todas las clases. Solo que usted nunca me vio. Solo me vio cuando me manifesté en voz alta en su clase. Sólo allí pudo notar mi presencia frente al resto. Recién allí notó que yo asistía a sus clases aún sin estar matriculada en el curso.

—Interesante. Solo que, en mi caso, es esperable. Ahora bien, es imposible que a Juan se le haya escapado tu presencia. Juan es una computadora, extremadamente meticoloso. Él habría advertido tu presencia.

—¿Juan, “el romancero encopado”? —se burló Ana.

—Es un excelente académico y un ser humano ejemplar —corrigió el profesor.

—Disculpe, profesor. Hay algo más. El día de la fiesta yo estuve presente. No conocía muchas personas, pero fui por si iba usted. Quería verlo. En un momento Juan se me acercó y me dijo que mis dientes eran corales, al tiempo que tropezó y volcó su vaso en mi blusa. Se disculpó y dijo que lo arreglaría. En ese momento subió a la mesa y recitó los versos de Cervantes. No me extraña que no recuerde nada. Debió haberlo visto, profesor, era otra persona.

—Mira vos, mi ratoncito de biblioteca... —dijo el profesor esbozando la primera sonrisa de aquella mañana.

—En fin, profesor. Entiendo que recuerda el taller. Según mi madre asistieron con usted y ella, once personas más.

—Es posible... —el profesor sacaba cuentas.

—Contaba mi madre que luego de la clase en que usted se refirió al intercambio álmico, todos estaban tan fascinados que decidieron seguir la noche en un bar a discutir su teoría.

—Claro... —el profesor se había perdido en una vorágine de pensamientos que lo iban revolcando uno a uno en arenas de combate. Pensaba en el sinfín de acontecimientos que se podían haber desprendido de algo que él había tomado a la ligera.

—La cuestión es que ese grupo de doce estudiantes continuaron en contacto. Según mi madre, todos acordaron que, a partir de allí, ninguno se llamaría por su

nombre. Cada uno adoptó un símbolo para identificarse. Cada símbolo tenía un significado desprendido de la teoría del intercambio. Como podrá imaginarse, el símbolo de mi madre era el mar.

Mi madre me dijo que, antes de morir envió diez cartas. Una para cada uno de los integrantes de su cofradía.

—¿Dónde va todo esto, Ana? Por favor, sé un poco más clara... —el profesor se revolvía inquieto en su silla.

—En los términos de la cofradía, la muerte de mi madre es símbolo. Ella fue a morir al mar porque así lo creía ella necesario. Sus cófrades, lógicamente, creen lo mismo. Mi madre dijo que advirtió a cada uno de ellos en sus cartas que su muerte serviría para probarle al mundo un nuevo orden de sentido y, de ahí sus últimas pretensiones. Por lo demás, convocó a sus compañeros a buscar al profeta para que continúen lo que ella había comenzado. Esto sí que me sonó muy extraño, pero mi madre no quiso dar muchos detalles al respecto.

—¿Profeta? —se extrañó el profesor.

—Bueno... usted es el profeta, profesor...

